

V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

El miedo como estructurador del espacio y las relaciones sociales en el barrio de el Abasto .

Ramil , Carlos Alberto y Kaminker , Sergio Andrés.

Cita:

Ramil , Carlos Alberto y Kaminker , Sergio Andrés (2008). *El miedo como estructurador del espacio y las relaciones sociales en el barrio de el Abasto. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-096/611>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edBm/FhR>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El miedo como estructurador del espacio y las relaciones sociales en el barrio del Abasto

Sergio Andrés Kaminker, Carlos Alberto Ramil

Facultad de Ciencias Sociales, UBA, IIGG.

skaminker@hotmail.com

ramilbeto@yahoo.com.ar

Introducción

El barrio del Abasto posee ciertas características particulares que hacen de él un objeto interesante a la hora de analizar las formas en las cuales, hoy en día, se estructura el espacio en la ciudad. Durante la década de los noventa este barrio fue sometido a un proceso de reconversión inmobiliaria a partir del cual comenzaron a residir y circular este espacio nuevos sectores sociales de mayores ingresos.

Este proceso se da en el contexto de una creciente preocupación de la ciudadanía por la problemática de la inseguridad. En este trabajo intentaremos dar cuenta de cómo la construcción social de esta problemática, este creciente miedo del habitante de la ciudad en lo que refiere específicamente a los delitos interpersonales, que definiremos como miedo urbano, tiene efectos concretos en la forma en la cual se estructuró este espacio, y a su vez, como esta misma estructuración se constituye en un límite que termina por retroalimentar esa misma sensación de inseguridad.

Consideramos que la segregación residencial, entendida como un “*proceso por el cual la población de las ciudades se va localizando en espacios de composición social homogénea*” (Kaztman, 2001: 178), puede ser analizada como una estrategia de los sectores medios y altos en respuesta a esta problemática construida socialmente. Esto no implica definir la segregación residencial en función de esta única característica, en tanto que se trata de un fenómeno mucho más amplio y de múltiples determinaciones, sino, realizar un recorte en el sentido en que intentaremos abordarlo.

Nos interesa explorar los procesos de segregación residencial como estrategias actuariales de administración de riesgos. Jock Young (Young, 2001) afirma que en la modernidad tardía el actuarialismo se constituye en el tema principal del control social,

donde las causas del delito y la desviación no son percibidas como la clave para solucionar el problema, sino que lo central pasa a ser la administración por parte de los individuos de sus propios riesgos a partir de una lógica “actuarial”. Tal como afirma este autor, *“la postura actuarial es calculadora de riesgo, cautelosa y probabilística, no está preocupada con las causas sino con las probabilidades, no con la justicia sino con la minimización del daño; no busca un mundo libre de delitos sino preferentemente uno donde hayan sido emplazadas las mejores prácticas de reducción de daño. No una utopía, sino una serie de refugios en un mundo hostil”* (Young, 2001: 28).

Desde esta perspectiva es que analizaremos el caso de las tres torres y el edificio que se encuentra dentro del complejo “Torres de Abasto” ubicado entre las calles Gallo, Guardia Vieja, Sanchez de Bustamante y Lavalle, o sea, analizándolo como un proceso de segregación residencial que aparece como una estrategia de administración de riesgos por parte de los sectores de ingresos medios y altos en respuesta a su creciente preocupación por la inseguridad. Para esto, realizamos entrevistas a residentes de dicho complejo que nos permitieran, entre otras cosas, comprender los motivos por los cuales eligieron estas viviendas, cuál es la representación que tienen del entorno, cuáles son las problemáticas que identifican y cuáles las medidas que adoptan en consecuencia. Mientras que por otro lado, y apoyados en observaciones, intentamos dar cuenta de la forma en que está estructurado el espacio y definidos los límites que permiten construir un afuera y un adentro.

Del “Mercado del Abasto Proveedor” al “Abasto Shopping”.

Hacia fines del siglo XIX, en un lugar de pastizales y pantanos, el capital privado realiza una fuerte inversión para llevar a cabo la construcción del nuevo mercado central, reemplazando al viejo mercado modelo, con la idea de centralizar el abastecimiento de la ciudad.

Se inaugurara oficialmente en Abril de 1893, constituyéndose en un polo de atracción de gran cantidad de actividades. En consecuencia, se forma un barrio entero en derredor de él. La diversidad cultural, la proliferación de teatros y cantinas, la convivencia de varias colectividades y la identificación del barrio con el tango (a través de Carlos Gardel “su vecino mas ilustre”), forman el mito, y parte de la historia lejana del mismo.

Con el cierre del Mercado del Abasto Proveedor en 1984, cuando el Mercado Central fue trasladado a La Matanza, el barrio del Abasto se convirtió en un lugar marginal económica y culturalmente, en una zona desvalorizada y pauperizada, llegando a identificarse como “el Bronx porteño” (Carman, 2004: 29), con gran cantidad de casas tomadas y poblado en gran medida por sectores de bajos ingresos.

En este contexto, la empresa Inversiones y Representaciones Sociedad Anónima (IRSA)¹ realizó una importante intervención inmobiliaria en la búsqueda de lograr una ganancia extraordinaria. Como afirmó la geógrafa Sassano esto fue posibilitado por dos características que poseía el Abasto, a saber, los terrenos con valores inmobiliarios deprimidos y un determinado capital simbólico, asociado a la cultura, explotable como foco turístico y cultural (Sassano, 2001).

Esta reconversión inmobiliaria implicó el reciclaje del edificio del mercado para la construcción del shopping más grande de la Ciudad de Buenos Aires: con 230 locales, 12 cines, una superficie de 120.000 metros cuadrados repartidos en cinco pisos y una inversión de 120 millones de dólares. Asimismo, construyó un supermercado, y adquirió varias propiedades aledañas a bajo costo. Cabe señalar que muchas de estas propiedades no fueron utilizadas, a la espera de una posterior revalorización que la empresa misma pretendía generar. (Carman, 2006)

El complejo “Torres de Abasto” fue una parte importante de la reconversión inmobiliaria del barrio. Se construyeron tres torres de vivienda para sectores de ingresos medios y altos, y un edificio aledaño, formando un complejo cercado, con una serie de servicios al interior del mismo (pileta, espacios verdes propios, seguridad privada las 24 horas, etc.).

En poco tiempo, los valores de las propiedades del barrio aumentaron significativamente y en algunos lugares llegó a 3 mil dólares el m² (Clarín 10/11/1998). También, se generó un polo de atracción de servicios. Se inauguró un restaurante temático y también un hotel internacional, posicionando al barrio dentro del circuito turístico de la ciudad. Por último, se abrieron varios teatros, la Casa Museo Carlos Gardel y la Ciudad Cultural Konex, recuperando el supuesto legado histórico y cultural del barrio. En este sentido, vemos cómo una empresa privada hizo una utilización del capital simbólico del barrio, de un cierto acervo cultural, para darle legitimidad a un

¹ IRSA: Inversiones y Representaciones S.A. En su haber se encuentran inversiones en complejos de oficinas, hoteles, centros comerciales, countries y countries verticales o torres, etc. concentrando su inversión en los NOU. Para dar cuenta de la empresa de la que estamos hablando, según datos propios al año 2006 contaba con un patrimonio neto en el país de \$1485,8 millones y ventas por \$577,7 millones.

espacio construido, permitiendo o posibilitando su propia rentabilidad. (Sassano, 2001, Carman, 2006)

Como consecuencia de esta reconversión, acompañada de la fuerte resignificación simbólica mencionada, se logra atraer al barrio nuevos moradores de sectores sociales de mayores ingresos, dentro de los cuales encontramos a los habitantes del complejo “Torres de Abasto”.

De esta manera vemos producirse, tendencialmente, un proceso de gentrificación² a partir del cual estos sectores comenzaron a residir en la zona desplazando a sus antiguos moradores. Sin embargo, no puede afirmarse que en el caso del Abasto se haya consumado dicho proceso, todavía siguen existiendo casas tomadas y sectores de bajos ingresos que cohabitan con estos nuevos sectores medios y altos.

“Yo vivo en una isla”: La construcción de los límites

Si bien podemos observar que hoy en día el barrio del Abasto se encuentra habitado por distintos sectores sociales, se da una convivencia espacial signada por el trazado de límites y fronteras que vienen asociados a estos nuevos objetos urbanos (countries verticales, shoppings, etc.). Estos NOU se instalan en el barrio produciendo una disrupción, una discontinuidad en el espacio, aislando y protegiendo a los consumidores, quienes los habitan y utilizan. Se propone una forma de utilización de esos lugares en la cual no exista relación con “los otros”, con los que se encuentran fuera. Por el contrario, se levantan rejas, puertas, accesos, todos restringidos, unos por el signo monetario, otros por signos culturales y simbólicos.

Uno de nuestros entrevistados mencionaba que:

“Da lastima que no se puede caminar por el barrio, la inseguridad, los cartoneros, está todo roto, sucio, todavía sigue habiendo muchas casas tomadas. (...) no hay policías, no hay vigilancia, uno sólo puede sentirse seguro acá en el complejo.” (Omar, 81 años)

Sólo dentro de estos NOU todo parece, o efectivamente es, controlado. Aquí el habitante de la ciudad experimenta la sensación de orden, higiene, seguridad y control

² Por gentrificación entendemos: “(...) término que indica el recambio de la población de un área mediante la introducción de grupos sociales superiores atraídos por intervenciones de recuperación, tanto inmobiliarias como urbanas.” (Amendola, 2000: 5)

de la que carece “la ciudad real”. Esta última es definida y aprehendida por los mismos a partir de las características opuestas, caos, suciedad, inseguridad y descontrol.

Quien “elige” utilizar este espacio busca y consume personal de seguridad, cámaras, vigilancia, aislamiento y segregación. El control de uno mismo, en tanto precio que se le pone al hecho de sentirse seguro de los “otros”, se convierte en un objeto de consumo deseable. Las torres de vivienda construidas por IRSA responden a esta lógica: personal de seguridad en su ingreso, perímetro cercado, plaza privada, vigilancia, cámaras, etc. La segregación aparece como una respuesta, de las clases medias y altas, en la búsqueda de alejarse de aquellos sitios donde se encuentran “las clases peligrosas” (Katzman, 2001: 187).

“Yo vivo en una isla, no me muevo casi por el barrio, esta es mi isla, de acá al supermercado, y de ahí al shopping. Como mucho, tomo el subte cuando no salgo con el auto.” (Ana 58 años, vecina de las torres)

Lo que encontramos es una definición de límites alrededor de estos inmuebles. Una delimitación que es física, pero sobre todas las cosas que se constituye en un límite social, ya que, en última instancia, todo límite físico es un límite social que define quien se encuentra dentro y quien fuera, y con ello los diferentes tipos de pertenencia e interacción. Los que se limitan mutuamente no son los espacios, sino los habitantes. Y es precisamente en este sentido que Simmel afirma que: *“El límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con forma espacial.”*(Simmel, 1939:216).

No obstante el mismo autor señala a continuación, *“cuando (el límite) se ha convertido en un producto espacial y sensible, en algo que dibujamos en la naturaleza con independencia de su sentido sociológico y práctico, esto ejerce una influencia retroactiva sobre la conciencia de la relación entre las partes. Mientras esta línea no hace más que marcar la diferencia de la relación que existe entre los elementos de una esfera, entre sí y con los de otra, adquiere una energía viva, que impulsa unirse más estrechamente a aquellos elementos, y se coloca entre ambos como una fuerza física de la que emanan repulsiones hacia los dos lados.”* (Simmel, 1939:216). Lo que encontramos aquí es la contracara de dicho proceso. Estos límites que, como dijimos, no son otra cosa que un “hecho sociológico”, tal como afirmaba Simmel, cuando se

materializan espacial y sensiblemente, cobran cierta independencia con respecto al mismo y se constituyen en uno de sus determinantes.

Ahora bien, una de las especificidades en el caso del Abasto, es que una empresa privada, IRSA, mediante un acto explícito y activo, se constituye en un protagonista esencial de esta delimitación espacial, con lo cual crea las condiciones y promueve cierto tipo de interacciones sociales que determinan un alto grado de fragmentación social. No obstante, es preciso señalar que la posibilidad de que lleve a cabo una delimitación espacial de esta índole sólo es posible en la medida en que encuentra cierto sector social dispuesto e interesado en consumirla³. Y, es en esa sensación de inseguridad, que nosotros definimos como miedo urbano, en donde se encuentra, en gran medida, el terreno fértil para esto.

El miedo de vivir en la ciudad:

Nuestra intención, en este primer acercamiento a la cuestión de cómo el miedo urbano es un elemento importante para dar cuenta de la estructuración del espacio y las relaciones sociales que se despliegan en él, no ambiciona lograr una definición acabada de miedo urbano, sino, ir aproximándonos a la cuestión a partir de la identificación de algunas de sus características, que buscaremos ir explicitando tanto a partir de material teórico desarrollado por autores que hallan abordado la temática, como también a partir de elementos que podamos ir recogiendo en el trabajo de campo.

Lo primero que debemos mencionar es que el miedo es, ante todo, una sensación de incertidumbre. El temor siempre fluye entre la mayor o menor probabilidad de que suceda o no un acontecimiento. Sin embargo, ese mismo acontecimiento al que tememos puede ser la fuente misma de la incertidumbre. La noción de conciencia de

³ Sin embargo, como afirma Merklein (1991: 101), la ciudad no puede ser únicamente pensada como un “objeto” en el cual los habitantes se localizan de acuerdo a las voluntades de los sectores dominantes. Esto supondría pensar los procesos de urbanización por fuera del conflicto social. Es en este sentido que también nos resulta útil el concepto de “derecho al uso y disposición del espacio urbano” utilizado por Oszlak. El autor utiliza este concepto para dar cuenta de:

“...la capacidad de fijar el lugar de residencia o de localización de la actividad económica dentro del espacio, capacidad que puede extenderse a la disposición unilateral de los bienes que lo ocupan o a la participación en procesos de decisión sobre obras de infraestructura y servicios colectivos en espacio públicos o privados adyacentes...” (Oszlak, 1991: 23).

Podemos decir que el derecho al espacio urbano no es algo que se encuentre definido de antemano, en tanto quienes lo poseen, y quienes no, sino que varía históricamente. Esta variación se encuentra mediada por el conflicto social y los valores de cada época a partir de los cuales se delimita que es legítimo y que no.

riesgo de Beck resulta asimilable cuando señala que su centro “*no reside en el presente, sino en el futuro...el pasado pierde la fuerza de determinación para el presente. En su lugar aparece como causa de la vivencia y de la actuación presentes el futuro, es decir, algo no existente, construido, ficticio.*” (Beck, 2006:40)

Hoy en día el miedo a ser víctima de un delito interpersonal se ha constituido en un elemento fundamental de la forma en que se vive la ciudad. Como señala Juan Pegoraro (2002) en la década de los noventa la “inseguridad” aparece como uno de los problemas centrales dentro de la opinión pública. Sin embargo, es necesario, tal como afirma este mismo autor, diferenciar entre inseguridad objetiva e inseguridad subjetiva. Mientras que en el primer caso a lo que hacemos referencia es a la probabilidad objetiva⁴ de ser víctima de un delito, lo cual depende de variables tales como edad, género, rutinas personales, vivienda, pertenencia a una clase o sector social; en el caso de la inseguridad subjetiva, y que nosotros definimos, a los fines de este trabajo, como miedo urbano, hacemos referencia a una construcción social del miedo que se encuentra asociada a diversos factores y que no necesariamente se encuentra en relación directa con la inseguridad objetiva. Tal como afirma Castel: “*La sensación de inseguridad no es exactamente proporcional a los peligros reales que amenazan a una población. Es más bien el efecto de un desfase entre una expectativa socialmente construida de protecciones y las capacidades efectivas de una sociedad para ponerlas en funcionamiento. La inseguridad, en suma, es en buena medida el reverso de la medalla de una sociedad de seguridad.*” (Castel, 2004: 13)

Ahora bien, una de las respuestas a este creciente miedo urbano es la fortificación física y electrónica del territorio (Amendola, 2000). La reconversión inmobiliaria a la que fue y está siendo sometido el Abasto en los últimos años da cuenta de esta característica. Los diferentes objetos urbanos que se han ido instalando y remodelando en estos años se caracterizan por producir una ruptura con el exterior, y por encontrarse celosamente protegidos y vigilados. En el caso analizado, el del complejo “Torres de Abasto”, vemos que unánimemente la inseguridad era construida por nuestros entrevistados como el principal problema del barrio y que, en consecuencia, percibían al aislamiento como una condición necesaria para su residencia en el mismo.

⁴ Afirmar que existe una probabilidad objetiva de ser víctima de un delito no significa afirmar que ésta es susceptible de ser medida.

“Vivo acá por las torres, no por el barrio en sí. Si me gusta, no, no me gusta. Tiene demasiada inseguridad, a la vista de todos, y todavía hay muchas casas tomadas.” (Belén, 26 años)

El aislamiento aparece en las entrevistas como un elemento valorado desde la óptica de quienes habitan el complejo.

“te digo, acá adentro tenés de todo, te manejas acá adentro en el complejo. Estás aislado de todos los problemas de acá afuera” (Gustavo, 30 años)

“Cruzo Coto y me meto adentro del shopping. Y si no voy al subte.”(Monica, 56 años)

“E: Queríamos saber qué problemas identifica usted en el barrio

A: Y la falta de seguridad, total, total. O sea, la gente que vive acá en las torres porque tiene miedo hace este trayecto, sale de las torres, cruza por el Coto, entra en el shopping y toma el subte. O sea, nunca se les ocurre ir por esta callecita para tomar el subte o demás, o sea, tema numero uno inseguridad, yo creo que sí, es total.” (Alicia. 62 años)

Esta “huella” aparecía recurrentemente en las entrevistas. Los habitantes del complejo se manejan dentro de él, cruzan al supermercado y de ahí al shopping. La razón de ello siempre va asociada al miedo de circular por todos aquellos espacios que no se encuentran vigilados, protegidos.

En este sentido creemos posible arriesgar que este aislamiento aumenta el miedo de quien habita la ciudad. Esto se debe, en primer lugar, a que, como dijimos anteriormente, el miedo se encuentra fuertemente asociado a una sensación de incertidumbre, con lo cual ese alejamiento, esa no visibilidad de aquello a lo cual se teme, termina por acentuar esa misma sensación. Tal como afirma Bauman, el miedo se intensifica en tanto la amenaza es más difusa, dispersa, poco clara; *“Miedo es el nombre que damos a nuestra incertidumbre: a nuestra ignorancia con respecto a la amenaza y a lo que hay que hacer –a lo que puede y no puede hacerse- para detenerla...”* (Bauman, 2007: 10).

De esta manera, podemos decir que la forma en la que se estructura el espacio, permitiendo unos tipos de interacción y no otros, y unida a una lógica según la cual ciertas interacciones se constituirían en factores de riesgo, determina que el miedo hacia esos sujetos y lugares que se perciben como “peligrosos” se acentúe a partir del creciente desconocimiento que se posee sobre ellos.

La forma en la cual se trazan los límites que, como mencionamos anteriormente, limitan a los individuos y sus formas de interacción, determina un grado de fragmentación a partir del cual, estos sectores sociales, van desarrollando un fuerte sentimiento de indolencia hacia los otros. Esto puede observarse en el hecho de que ninguno de nuestros entrevistados, al ser indagados acerca de los problemas que identificaban en el barrio, mencionó la pobreza o la situación de precariedad en la que vivían muchos de sus vecinos. Sin embargo, esta indolencia no es precisamente un sentimiento de apatía, ya que tras “los otros” se va constituyendo una amenaza, de hecho, esta es la única forma en la que aparecen “los otros” en el discurso de los entrevistados.

En este sentido es interesante la figura del ocupante ilegal, que como mencionamos anteriormente aparece fuertemente asociada al barrio, convirtiéndose en uno de los ejes de construcción de ese afuera peligroso.

“Es un barrio que avanzo al principio, parecía que se llevaba todo puesto y ahí se freno. ¿Entendes? O sea que se hizo Coto, las torres y hay muchas casas ocupadas. Es un elemento no deseable, es gente que no trabaja, que roba. Porque el que vive en una casa ocupada y no trabaja, ¿de algo vive, no?” (Alicia, 62 años)

Lo que podemos observar es una representación, la cual parecería indicar que cuando se ha cruzado la barrera, aquella que se relaciona con el hecho de haber cometido el delito de atentar contra la propiedad privada, el ocupante queda preso de un imaginario según el cual es capaz de llevar a cabo cualquier otro delito, el ocupante roba, vende droga, etc. Es así que los ocupantes son, en palabras de un vecino del barrio:

“...delincuentes, ladrones, narcotraficantes y prostitución, todo esto, que se instala a vivir ahí. Esta es gente de mal vivir, no hay caso, gente que tiene la moral deteriorada...” (Alberto, 63 años)

Y en razón de estos atributos, se constituyen, desde esta perspectiva, en una amenaza para el resto de la sociedad.

Es detrás de los muros que se encuentra la amenaza. El miedo homogeneiza todo lo que se encuentra fuera del límite, y no podría ser de otra manera ya que existe un fuerte desconocimiento del afuera y de los sujetos que allí se encuentran. El miedo, en

tanto sensación de incertidumbre, se retroalimenta constantemente en su búsqueda de superación.

En alguna medida, esto último es lo que sostiene Castel al intentar dar cuenta de la paradoja según la cual vivimos en sociedades rodeadas y atravesadas por protecciones y en donde, sin embargo, las preocupaciones por la seguridad permanecen omnipresentes. Afirma este autor que *“es la propia economía de las protecciones la que produce una frustración sobre la situación de la seguridad cuya existencia es consustancial a las sociedades que se construyen alrededor de la búsqueda de la seguridad. Y ello por una doble razón. En primer lugar, porque los programas protectores jamás pueden cumplirse completamente y producen decepción y aun resentimiento. Pero también por que su logro, aunque relativo, al dominar ciertos riesgos, hace emerger otros nuevos.”*(Castel, 2004: 15)

En este último sentido va dirigida nuestra argumentación. La segregación residencial, en gran medida, ya que no desconocemos que existan otros móviles para la misma, al aparecer como un intento de dominar ciertos riesgos, lo cual efectivamente logra, ya que los individuos manifiestan sentirse seguros dentro del complejo, hace emerger otros nuevos o intensifica los ya existentes en lo que respecta a la circulación por fuera de este perímetro. Es por esto que nos encontraríamos frente a un proceso en el cual, tal como afirmaba Simmel, la estructuración de este espacio y, en consecuencia, la fijación de límites que, en principio, sería un “hecho sociológico” con forma espacial, terminaría por ejercer una influencia retroactiva sobre el propio miedo urbano. En principio el aislamiento aparece como respuesta a este miedo, luego el propio aislamiento se constituye en una condición para poder lograr la sensación de seguridad.

Recordemos lo que afirmaba Castel acerca de que la sensación de inseguridad es *“...el efecto de un desfase entre una expectativa socialmente construida de protecciones y las capacidades efectivas de una sociedad para ponerlas en funcionamiento”*(Castel, 2004:13). Entonces, lo que observamos es que los habitantes de las “Torres de Abasto” han construido como expectativa de protección al aislamiento, vigilancia y control que les brinda este complejo o espacios de características similares. La “huella” que veíamos anteriormente en las entrevistas (complejo, supermercado, shopping) da cuenta de la necesidad de mantenerse dentro de estos límites. Una de nuestras entrevistadas afirmaba:

“Yo vivo en las torres, acá y no afuera. No viviría en una casa de estas de afuera” (Ana 58 años, vecina de las torres)

Esta afirmación acerca de que la condición para habitar el barrio es vivir “adentro” y no “afuera”, da cuenta de los límites que construyen los propios individuos. Y son a partir de estos límites que se estructuran las interacciones sociales, los habitantes de “Torres de Abasto” sólo se relacionan con sus vecinos al interior del complejo.

“Tengo relación con los vecinos, no del barrio. Lo que pasa es que este es un complejo de cuatro torres 3 de 28 pisos y una de 15. Entonces es que tenés como una pequeña ciudad.” (Gustavo, 30 años)

“E: ¿Tenés relación con tus vecinos?”

S: Sí, claro con los de adentro del complejo, ¿No? Adentro del complejo sí. Afuera no, ahí nunca ando.” (Sol, 15 años)

Podemos observar que son los propios residentes de las torres quienes lo definen de una manera reflexiva. Las relaciones sociales que se constituyen con el afuera son mediadas por la construcción de límites, por el aislamiento. Estos límites son estrategias, formas en las cuales se administran los riesgos, con respecto a la construcción de un afuera que se percibe como peligroso.

La segregación se constituye en una necesidad de la cual dan cuenta reflexivamente las personas, evitando (o intentando evitar) ser víctima de un delito interpersonal. Afuera esta la incertidumbre que no se desea afrontar y la reja, el muro, el propio complejo, que aparentan ser la negación de una relación social, son en sí mismos relaciones sociales materializadas espacialmente.

Conclusión:

En este trabajo intentamos dar cuenta, y analizar, la interrelación que existe entre la estructura espacial y las relaciones sociales que en el se despliegan. Como dijimos, retomando a Simmel, si bien la estructuración de este espacio es en primer lugar una “hecho sociológico” con forma espacial, esta misma estructuración condiciona la propia experiencia social.

El miedo urbano, en tanto construcción social, la ubicamos en un primer momento, claro está que mediante una división cronológica que es únicamente analítica, como condicionante en la estructuración de ese espacio. Fue por esto que recortamos el fenómeno de la segregación residencial en este sentido, o sea, en tanto estrategia de administración de riesgos por parte de los sectores de ingresos medios y altos en respuesta a su creciente preocupación por la inseguridad. Pudimos observar que la construcción de dicha problemática por parte de estos sectores era un elemento relevante en cuanto a la elección de esa estructuración espacial y la definición de los límites. El aislamiento, que proveía el complejo analizado, era reflexivamente advertido por los entrevistados como una condición de su residencia en el barrio, y la inseguridad que percibían en él aparecía en los discursos como una de las principales causas de esa elección.

Por otro lado buscamos analizar si esta estructuración del espacio no estaba condicionando, a su vez, el propio miedo urbano. Aquí llegamos a la conclusión de que ese aislamiento terminaba por constituirse en una expectativa para poder lograr la sensación de seguridad. Los entrevistados solo manifestaban sentirse seguros en el complejo o en espacios de características similares, era en estos lugares en los cuales no se producía el desfase entre las expectativas socialmente construidas de protecciones y la capacidad efectiva de ponerlas en funcionamiento. Pero esto implicaba, que al constituirse este aislamiento en una condición de “sentirse seguro”, todo aquel lugar que no reprodujese esas características fuese percibido como su contrario, o sea, como inseguro.

También observamos que la construcción que estos sectores realizaban de un adentro (seguro, limpio, controlado, etc.) y un afuera (inseguro, sucio, peligroso, etc.) se constituían en un elemento esencial para dar cuenta de la forma en que se estructuran las interacciones sociales. Los individuos que habitaban el complejo “Torres de Abasto” manifestaban relacionarse con sus vecinos, únicamente al interior del mismo. La isla, la pequeña ciudad dentro de la ciudad, era su ciudad. Aquella en la cual se constituía un nosotros, con los cuales poder relacionarse, en oposición a un ellos difuso y desconocido, pero percibido como peligroso, con el cual la forma de relación se encontraba claramente condicionada por los límites físicos y sociales, que como dijimos anteriormente no son otra cosa que dos aspectos, interdependientes, de un mismo fenómeno.

Bibliografía:

- Améndola, G. *La ciudad posmoderna*. Madrid. Celeste Ediciones. 2000.
- Beck, U. *La sociedad de riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona. Paidós. 2006.
- Bauman, Zigmunt: *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona. Paidós. 2007.
- Carman, María. *Las trampas de la cultura. Los "intrusos" y los nuevos usos del barrio de Gardel*. Buenos Aires. Paidós. 2006.
- Castel, Robert: *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires. Manantial. 2004.
- Claves, Construcción e inmobiliario. 1997. Informe de Consultoría Privada. Buenos Aires, Argentina.
- Diario: "Clarín" 10/11/1998. 22/08/2002. 23/12/2003. 27/08/2005.
- Diario: "La Nación", 16/04/2000. 29/08/2006.
- Kaztman, Rubén. 2001 *Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos*. Revista de la CEPAL N° 75. Diciembre 2001
- Merklein, D. *Asentamientos en La Matanza*. Buenos Aires. Catálogos Editora. Buenos Aires. 1991.
- Oszlak, O. *Merecer la Ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires Humanitas CEDES. 1991.
- Pegoraro, Juan S. *Las políticas de seguridad y la participación comunitaria en el marco de la violencia social*. en Briceño León, R. (comp.). *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*. Buenos Aires. CLACSO
- Obtenido el 6 de agosto, 2008. www.irsa.com.ar
- Sassano, Silvina. *Transformación de un espacio urbano, El caso del mercado del Abasto de Buenos Aires*. Anales de Geografía de la Universidad Complutense. Madrid. 2001. Pág. 99-118.
- Georg, Simmel. *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, Argentina, 1939.
- Young, Jock. *Canibalismo y Bulimia. Patrones de control social en la modernidad tardía*. En *Delito y Sociedad*, 15. 2001.